

Violencias discursivas. Lo real sexual segregado

Silvia Amigo

¿La segregación de lo real sobre la que Lacan alertara apunta solo a las horrendas matanzas étnicas y religiosas? ¿No apunta también hacia lo que hace mancha en la uniformidad de los discursos dominantes, y desentona con el *discours-courant*, disco rayado del discurso corriente? Ese discurso de apariencia bien pensante, al rechazar cualquier nota disidente, ¿No se torna acaso violento, segregativo? ¿Cuál es el real que el suelo cultural de la *intelligentzia* occidental segrega, al menos, también?

Las facticidades en los registros que colusionan

En la Proposición del 9/10/67¹ sobre el psicoanalista de la escuela Lacan enumeró tres facticidades que los analistas debiéramos tener en cuenta en la extensión, dado que su horizonte se perfila según el plano proyectivo en el círculo de la intensión, en la práctica diaria en cada consulta que recibimos. Una es, en lo real, la segregación, a la que me referí más arriba y sobre la que me extenderé.

Se preguntaba también si permanecería en pie, en lo Simbólico, el humanizante complejo de Edipo, dada “la inmixión galopante en nuestro cotidiano del discurso totalizante de la Ciencia”².

No se refería a la Ciencia, siempre bienvenida por el psicoanalista sensato, sino a su posible discurso totalizante. Hace ya unas décadas mediante técnicas de laboratorio pueden formarse familias hétero, homo, mono, tri parentales y lograr así tener descendencia. Se conforman familias de este modo, y el analista, justamente él, no debiera escandalizarse por ello, porque equivaldría a pelear con los hechos. Pero tampoco es afín a su posición transformarse en militante de la causa feminista, LGTBIQ+ u otras. Su posición no es fácil.

¹ Jacques Lacan Nuevos Escritos. París. Seuil. Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela.

² Así lo expresa en Escritos Ciencia y verdad. Seuil. París. 1966.

Como Ulises, debe navegar entre Escila y Caribdis. Me explico. Odiseo, al volver a Ítaca luego de vencer en la guerra de Troya, debió pasar por un estrecho marítimo custodiado por dos monstruos. De un lado Escila, con sus seis cabezas, amenazaba devorar a los marinos que se acercaran a esa vera. En la otra orilla Caribdis producía un torbellino que hundía las naves. Odiseo logró pasar amarrado a su embarcación cerca de Caribdis para poder emerger indemne y salir airoso de la prueba.

Kant retoma filosóficamente este dilema cuando describe las antinomias matemáticas y dinámicas de la Razón Pura³ y desprecia, ante el abismo de la imposibilidad del *Logos* para responder sobre la finitud o infinitud del universo y sobre la férrea causalidad natural o la libertad de elección humanas; tanto el refugio en el dogmatismo como el escepticismo que espera que las cosas se arreglen por sí solas o permanezcan en el estado irresoluto en que se encuentran.

El analista debiera permanecer unido al suelo de su propio piso formal y no encallar en ninguna de esas riberas (rechazo horrorizado o militancia partidaria, dogmáticas ambas; u optimismo despreocupado que espera que las cosas se acomodarán sin injerencia alguna). Solo así quizá podrá intervenir con alguna justeza en la extensión cuando sea convocado. Y en la intensión, cuando recibe alguien en consulta.

Entonces, no siempre gestada la prole por parejas hombre-mujer que conformaran una familia típicamente edípica. ¿Estaría en ellas declarado caduco ese "complejo"? No lo creemos así, y el analista debiera recordar que las funciones trinitarias y humanizantes del Edipo debieran regir en *cualquier* familia. Enorme apuesta hoy.

En ese texto manifestaba, en lo imaginario, su preocupación por la profundización de la veneración de la religión del padre ideal ante lo desagregado del escenario de la cultura que se esboza, desdibujada la faz triple de las figuras del padre dentro justamente de la estructura edípica. A falta ellas el padre ideal y su religión como único recurso pueden devenir el gurú, el líder de masas, y finalmente, el temible dios oscuro.

³ Kant Emmanuel *Crítica de la Razón Pura* Buenos Aires Losada 1960

Volvamos ahora a la segregación de lo real.

Desde las “derechas” liberales extremas, llamadas “libertarias”, se afirma que cada quien puede hacer con su cuerpo lo que se le antoje. Sea por ejemplo vender sus órganos para ser trasplantados a quien se los pueda pagar. También aplaude esa “libertad” en lo sexual. El cuerpo es tratado como mercadería y propiedad privada.

Desde las “izquierdas”, también en nombre de la libertad, se militan – en cuanto a lo sexual y al cuerpo propio- las mismas “libertades”. Curiosa coincidencia.

Detengámonos ahora en el complejo problema de la “autopercepción”. ¿Qué instancia psíquica autopercebe? ¿El yo? Este desconoce y hace barrera a lo que el sujeto del inconsciente desea. En ese modo “auto” se prescinde de la historización y del montante importante y decisivo de determinaciones infantiles.

Si un adulto cree que autopercebe como fuere a su cuerpo no puede negársele el derecho de accionar sobre él. Aunque sus medios para lograrlo y las consecuencias posteriores no debieran por qué tener que ser pagadas por el erario público.

El problema comienza con la posible acción sobre el cuerpo de sus hijos, cuerpo que no es sustancia extensa, ni es mercancía; sino sustancia pensante, erógena. Esto último sí merece que nos detengamos especialmente.

Hay un hecho que fascina: el de ilusionarnos, humildes humanos, con la idea de poseer un prometeico alcance del fuego de la libertad total, de moldearnos a nosotros mismos a nuestro antojo, sin las cadenas que nos sujetan al Otro, ni al azar de nuestra anatomía al nacer.

Solo un par de ejemplos. Esta hipnosis la produce, por ejemplo, un film como *Petite fille*, del documentalista Sébastien Lifshitz. Versa sobre el caso del niño/a Sasha, relatado por su madre, quien comenta cómo su hijo devino, o según ella nació niña en un cuerpo erróneo de niño. Otro: el libro (*best seller*) de Gabriela Mansilla *Yo nena, yo princesa. El niño que eligió su propio nombre*, escrito sobre su retoño Manuel/Luana. Según sus madres estos niños deciden por sí mismos, alrededor de los dos años autoperibirse y

nombrarse niñas. Estos pequeños reciben el trato explícito de Mesías por los adultos de su medio (madres, padres, familiares); y equipos profesionales (maestros, pediatras, psicólogos, psiquiatras y endocrinólogos). Al así nombrarlos se les asigna una misión ejemplificadora. Ellos deben liderar la liberación del sometimiento al discurso del Otro, ese tirano éxtimo que hace a nuestro inconsciente.

Tal como lo hicieron a través de los mitos y religiones los diversos Mesías, su llegada al mundo cumple una misión de salvación, redención y cambio de paradigma. Su presencia y culto hacen que su aparición cambie una era y el mundo ya no vuelva a ser el mismo. En estos ejemplos (hay muchísimos otros) la Misión cae sobre los estrechos hombros de dos niñitos que apenas pueden con sus vidas, su escolaridad y sus espacios lúdicos. El apego a la diferencia anatómica sexual, paradójicamente tan cuestionada, es tan alto como para exigir encarnizadamente su modificación.

Si un adulto decidiera actuar sobre su cuerpo basado en estas ilusiones y no demandara un análisis, respetuosamente nos abstendríamos de interpretar fuera de transferencia.

Lo que no nos impide preguntarnos en espacios como este, en la extensión, cómo un sujeto podría constituirse sin pasar por el desfiladero de los significantes del Otro, y desde allí darse a conocer a los otros, si careciera de las identificaciones que de ese campo precisa incorporar.

Cómo podría ganar desde las ataduras iniciales que diseñan las marcas de su destino un estrecho margen de libertad que, eso sí, podrá ensanchar a lo largo de su vida. Porque un análisis consiste justamente en librarnos de ese “estaba escrito” del destino. ¿Cómo aplaudir una supuesta libertad “auto” que no fuera parte de un fraude o de un momento de embriaguez? ¿No recuerda esta situación a la actitud que los griegos llamaron *hybris*, desmesura cuyas consecuencias mostraba en el teatro clásico la tragedia?

Decíamos más arriba que no es sensato pelear con los hechos. Esos adultos y por sobre todo estos niños existen y muy probablemente su número aumente. Unos porque padecen sus madres lo que Freud llamo “infección psíquica” (el fenómeno está de moda) y otros

por razones más importantes que es necesario investigar. En principio hallaron quizá sus madres una manera de sobrellevar así el dolor de existir.

Me atrevo a disentir con quienes despachan la cuestión con el expediente de afirmar que esos niños estén alienados al Otro, al menos en el sentido lacaniano del término. Pues en este analista la alienación lleva en sí la semilla de la separación y de la operación verdad, puesto que implica de movida al objeto separador, *a*, de la mano del cual el sujeto entra en el campo del Otro. De mano del “Tú eres eso”, el pasaje al acto de la alienación lanza los *acting-outs* interrogativos que inician la operación verdad, separándose el sujeto del ser de objeto que le había sido otorgado.

Estos niños que en la primera infancia se “autodefinen” dan más bien la impresión de ser apéndices internos del Otro. Ecos de sus voces. ¿Serán una nueva especie de esos casos que Lacan llamara “los nombrados para”?⁴ Esos casos en que basta la madre para sostener un proyecto forclusivo. No nos precipitemos. Falta todavía el tiempo de comprender.

Pero indudablemente la intrusión del adulto en ese tejido íntimo de la sexualidad, que debiera ser inviolable, resulta incestuosa. Siempre, pero mucho más cuando está en floración en tiempos de la infancia, donde el adulto solo debiera ser un respetuoso acompañante.

Violencias discursivas

Creo detectar violencias discursivas de la época ejercidas al menos en dos sentidos. Uno en aquellos que “nombran para” a sus retoños. Sin siquiera darse cuenta de ello algunos. Pero ¿por qué exhibir estas transgenerizaciones? Es su derecho si, adultos, de eso gozan. Pero muchas veces exhiben también a sus niños. ¿Tienen a ello derecho o hay allí violencia?

⁴ Seminario *Les non dupes errent* inédito Clase número 10 del 19/3/74

Otra violencia es ejercida por quienes no toleran una opinión que desentone con el *ritornello* de los discursos considerados hoy epítomes de la corrección política. Formalizar algo que no participe de la embriaguez implica la acusación, dogmática también, de reaccionario, que cierra de un portazo un diálogo posible.

El psicoanálisis basa su eficacia en el sostenimiento de las diferencias. No puede “fluir” en un continuo, ni uniformar, porque su discurso es el de los rasgos distintivos y de la condición absoluta de la causa.

¿Cómo decirnos analistas y segregar lo real de la diferencia sexual, que para nada es solo biológica, ni imaginaria especular, ni reposa únicamente en un constructo simbólico ni social-histórico? Imposible de ser escrita totalmente, resulta ser, psicoanalíticamente hablando, real. Es el punto donde algo deja de fluir. Hace *stop*. Es el nombre del hueco que impide que una arroba o una x llenen el hueco de la falta de palabras, hagan de pegamento ante los abismos del logos.

De no interrogar el fenómeno tan edificante del término “libertad” para decidir nuestra autorización⁵ como seres sexuados, existe el riesgo cierto de, en nombre de las diferencias, forcluir la diferencia⁶.

⁵ ...*Ou pire* Seminario XIX Allí Lacan se refiere a la autorización de sexo del sujeto. No sin el Otro, pero más allá del Otro.

⁶ Luminoso sintagma que debo al ingenio de Alejandra Ruiz Lladó.